

SUEÑOS DE UN CRONISTA

La noche cae y brindo con los surcos de los labios, que, plácidamente, una vez caramelizaron mi existencia soñadora. Ahora, en esta luna, creo pasear en cada lágrima que derramo, colmada de sueños ilegibles acuchillados por la realidad y devorados por la aceptación de lo imposible. Pero, entre este laberinto en el que mi Minotauro ha sido el cruel heraldo del destino, me parece vislumbrar, hilvanado en varias hojas de higuera, un relato que desdeña los anales de esta historia en simples palabras. Palabras carceleras, palabras que endulzan la hora postrera que pronto ha de llegarme. Pero aun así, tan solo soy el cronista de mi vida, y tú, público impasible, el juez de estos sueños sazonados con ventisca. Mas los cronistas auxilian a los hechos que pululan perdidos. Los jueces, deciden sobre el fin de estos hechos. Por tanto, desvelo estos sueños que pudieron ser, pero nunca fueron.

(Escrito en higuera, cuyo fruto porta la dulzura.)

Él caminaba solo por las playas, descalzo sobre un sueño de crines blancas de caballo, la espuma. El mar vaticinaba tempestades que doblegaban el entendimiento. La vara de Zeus azotaba los cielos, y su llanto tornaba oscura la arena que usualmente solía brillar.

Ataviado con mantos excelsos, el joven heleno se cuestionaba si realmente su deseo era legítimo. Dada la amplitud del asunto, no se decidía a realizar lo que tanto ansiaba. Su discernimiento era el culmen de esta indecisión. Durante su juventud, siempre le habían inculcado una forma de contemplar el amor: cochambre innecesaria. Desde pequeño le habían prohibido terminantemente sentir apego por alguna fémina, y mucho menos acercarse a ella. Su padre siempre había querido crear un sádico compañero de Ares, azote de las tropas enemigas, en defensa del nombre de una ilusoria polis inexistente: Esparta. Su imagen, la de un espartano, siempre se había concebido como la de un aguerrido

combatiente, dispuesto a morir por un desconocido rey. Y él siempre esperó ser eso, pero una transparente quimera asaltaba su inocente caletre, como nunca lo hizo lanza ni espada enemiga. Un aura crepuscular envolvía su porte. Sus dos luceros estrellaban la mirada en el infinito.

En ese instante irrisorio en él que el soplido de Eolo acariciaba sus mejillas, el hijo de hombres se decidió sobre su fin. El oráculo de Delfos sería dueño de su destino. La pitonisa de tierras lejanas tendría en sus manos el sueño de amor entre un espartano, vástago de la muerte, y una gemela de Afrodita.

—He aquí que el hombre escapó de Beocia y de la caterva mortecina llamada ejército el mismo día de este dictamen, y emprendió un largo camino. Enfrentó penalidades como asaltos de bandidos, peleas con fieras y somnolencias en casas ajenas, pero no es deber del cronista narrar esto. —

Tras largos viajes a pie, llegó a Delfos, polis de oráculos, tumbas, y bosques de junco y roble que dibujan su paisaje. Este exótico lugar, hogar de meretrices y hechiceros, se le antojaba como otro país totalmente distinto. Tan solo un breve paseo por sus calles salpicadas de desidia bastaba para darse cuenta de que un ambiente de penuria y vicio reinaba por allá. Las estafas y reclamaciones estaban a la orden del día. Faltó poco para que el espartano se hiciera partícipe de varias disputas del lugar, pero este ignoró la atmosfera de libertinaje de aquellos barrios y caminó a paso firme hacia la pitonisa.

Cuando llegó por primera vez, le recibieron dos soldados con un peto de plata y un emblema de lechuza en sus capas, armados con lanzas y escudos del mismo signo, que le bloquearon el paso. Tras una breve y acalorada discusión, las palabras se transformaron en puñetazos. Tan solo cabe destacar que perdió varios dientes y la conciencia. Esta última, una vez recobrada, descubrió que se hallaba en lóbrego calabozo con armas de

tortura como decoraciones y manchas de sangre como pintura. Ahora, lamentando su atrevimiento, comenzó a derramar amargas lágrimas, pues conocía de primera mano el trato que le brindaban a los cautivos en las prisiones. Sabía también el fin que le amparaba. Lloró por todo esto, pero lloró, sobre todo, por la certeza de que sus sueños de amor jamás se cumplirían.

(Las letras del manuscrito en higuera comienzan a deslizarse y tornar dificultosa su lectura.)

Un cierto hado, tejido por las Moiras, cambió el destino de este horrendo suceso hasta transformarlo en gozo y alegría perpetua del taciturno espartano, superior a cualquier victoria y mayor que todo placer. Este no hacía otra cosa que lamentar su final y aguardar el Tártaro, y de esta forma pasaron días de desesperación, en los que el llanto fue su dictador perpetuo. Era esta una táctica harto conocida por los guerreros, mas atestiguaba la realidad de los cruentos conflictos bélicos, que atravesaban la conciencia del enemigo y le obligaban a plantearse el porqué de su existencia, arrebatándole toda esperanza de sobrevivir y sumiéndolo en un ocaso hiriente.

Por suerte, lo destinado no era nada parecido a ese tormento, perturbador de corazones y verdugo del júbilo. En la noche sexta de la condena el enamorado se percató de que una brillantez de pupilas dibujaba el contorno de la celda con perfilada perfección; mas estas pupilas eran la razón de que él ahora mismo estuviera cautivo. En el núcleo de aquella singular lanzada se podía contemplar orbes de luz, irradiados por una luciérnaga errante y dado al extravío en las raíces más profundas del apocalipsis irreal, todo en una mirada. El fulgor de los faroles de aceite del exterior de la celda dejaban al descubierto los cabellos de la mujer, regalándole pinceladas de luz tenue. ¿Mujer o diosa? El espartano dudaba de tales asuntos, antes de precipitarse a enlazar las manos y perderse en los más reales sueños, teñidos de deleite y arropados con la seducción de lo mundano.

La luna se paseaba triunfante por ingrávida tiniebla, sellando las palabras de aspiraciones culminadas. La bóveda estrellada era su manto, y las deidades se perturbaban envidiosas en palacios inexpugnables de marfil y preciosas piedras, pero no comparables a la celda que se hizo partícipe de abrazos y ósculos sinceros durante una noche eterna, olvidada y sepultada por la bifurcación posterior de sus sendas. Llegó el momento en que la luna abandonó sus paseos, eclipsada por Hermes, el dios de rostro deslumbrante y sable contra la oscuridad. Y con él, a la mujer la pasaron por cuchillo en un cadalso bañado por la sangre de una inocente más, pero esta era una divinidad encarnada. En este ahora, falta poco para que el soñador se encuentre con las tijeras de Láquesis.

(La hoja de higuera se consume entre un fuego repentino. Los sueños arden cual Troya.)

¿Qué es del dueño de su conciencia, que ahora se ve obligado a entregarla? ¿Dónde quedó la hermosa lucha contra lo establecido en busca del canto de las golondrinas ante las trompetas de batalla? ¿Y el verdadero honor de amar; más que en la cuchilla del asesino a la que he de enfrentarme? Yo decidí luchar por lo que creo, no por una irrisoria porción de tierra, y así es pagado, con la humillación de un cándido despojo de guerrero. Busqué cumplir mis propios sueños, y los voy hallar bajo el frío metal de una lanza.

Todo con lo que soñé frente a la morada de Poseidón, y por lo que emprendí el más longevo viaje, es solo un sueño, nada más. Ahora quedará relegado a un simple pago para Caronte.